

Noticias sobre la Tau y los antonianos

RICARDO OLLAQUINDIA

Tau es el nombre de una letra y el signo distintivo de una orden religiosa. Se llamó Tao antiguamente. Así se registra en el primer diccionario español, el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Covarrubias, editado en 1611. Dice: “Tao. La media cruz de los comendadores de San Antón. Tomó este nombre por la similitud que tiene con la letra T inicial, la qual en lengua hebrea se llama thau”.

Los diccionarios de uso actual registran las dos palabras como sinónimos: “Última letra del alfabeto hebreo. Decimonona letra del alfabeto griego, que corresponde a la T del nuestro. Insignia que usaban en el pecho y capa los comendadores de la Orden de San Antonio Abad”.

La Tau es una señal inventada por Yavé, dios filólogo y simbolista, que basó su revelación en la palabra, inspiró los textos de la Sagrada Escritura, se definió con dos letras griegas, alfa y omega, y publicó en la Biblia su código de señales. Se lee en el Génesis (9, 12-13): “Yo pongo un arco en las nubes y será la señal de la Alianza entre mí y la tierra, entre mí y vosotros, y todos los seres vivientes que hay entre vosotros, por todas las generaciones futuras”. Otras señales, la Tau por ejemplo, aparecen en los libros de los profetas.

LA TAU BÍBLICA EN DICASTILLO

La parroquia de Dicastillo tiene varios retablos procedentes de la iglesia del monasterio de Irache. María José Sagasti Lacalle, en un estudio sobre ellos publicado en la revista *Príncipe de Viana* n° 219, expone con autoridad y competencia las circunstancias históricas de su traslado y las calidades artísticas de dos de ellos: el de San Veremundo y el de la Cruz.

El retablo llamado de la Cruz o de Santa Elena está compuesto por varias tablas que desarrollan pictóricamente una idea. La central representa la escena de la Invención de la Santa Cruz por la emperatriz Elena, el milagro que probó su autenticidad, la resurrección de un muerto al ser colocado sobre ella. El lienzo, de 1621, vino de Roma a Irache.

La Invención de la Santa Cruz ha tenido diversos tratamientos didácticos. La originalidad del retablo que contemplamos consiste en situarla en el centro de un contexto bíblico. La Cruz de Cristo, levantada en el Gólgota y hallada por Santa Elena, fue anunciada por profetas del Antiguo Testamento. Cuatro de ellos figuran en las calles laterales del retablo: David, Isaías, Ezequiel y Moisés. Los dos últimos atraen especialmente la atención.

Ezequiel está en lo alto del lado derecho, vestido de sumo sacerdote y mirando al cuadro central. En el ángulo superior izquierdo, entre arreboles, se destaca la letra Tau. Con la mano izquierda sostiene la página de su libro en que se refiere a la cruz. El texto dice en latín apocopado: “Dijo Yavé: Marca con la Tau la frente de los hombres que gimen por la abominación del templo y no matéis al que viereis que lleva la Tau”.

Ezequiel dio la primera noticia sobre esa señal y su significado; noticia que se ha ido repitiendo, como el eco a través de los siglos, de mensaje en mensaje, de generación en generación.

Moisés, en la parte baja de la misma calle, lleva los signos habituales de su identidad iconográfica: barba patriarcal, cuernos luminosos; pero sorprende con uno nuevo: el bastón en Tau con una serpiente enroscada. La leyenda latina del pergamino que porta en las manos dice: “Hizo Moisés una serpiente de bronce y la puso como señal sobre una vara. Los que, siendo mordidos, la miraban, eran sanados”.

El texto de Moisés es interpretado por los exegetas como un anuncio de la cruz redentora. Y el mismo Cristo lo recordó, en diálogo nocturno con Nicodemo, refiriéndose a su propia muerte: “Como levantó Moisés la serpiente en el desierto, así será levantado el Hijo del Hombre, para que quien crea en Él tenga vida eterna”.

Esta representación de la vara de Moisés, en forma de Tau y en la mano del patriarca, es original. Quizá única. No conocemos otra. Hay un monumento moderno que sigue su traza. Fue erigido en la cumbre del Monte Nebo, lugar donde según la tradición murió el receptor de las tablas de la ley. El monumento, una Tau con serpiente y sin Moisés, sirve de ilustración a folletos turísticos del país jordano.

Forzando la visión del retablo, viendo lo que se quiere ver, parece que Isaías apoya su mano derecha en la empuñadura en Tau de la sierra vertical y alargada, que fue el instrumento de su martirio. Y que el laúd del rey David, en otra tabla, toma la figura estilizada del referido signo.

El retablo de Santa Elena, obra desarrollada en varios cuadros argumentalmente conectados, constituye una hermosa exposición pictórica de la señal cristiana por excelencia, la Cruz, prefigurada en la Tau.

El retablo llamado de la Cruz o de Santa Elena puede denominarse también de la Tau; de la tau benedictina, para distinguirla de la antoniana y franciscana. No sólo la orden de San Antón con hospital en Olite o la de San Francisco, con conventos en localidades navarras, han tenido especial devoción a ese signo; también la de San Benito, y el monasterio de Irache en particular, lo incorporó a su espiritualidad, dedicándole el retablo de un altar.

SAN ANTÓN DE PAMPLONA

Los antonianos tuvieron casa e iglesia en Pamplona durante siglos, desde el XV hasta el XVIII; pero apenas quedan huellas de su estancia: el detalle de su ubicación, el recuerdo de una fiesta, la referencia al derribo de su convento y poco más.

Ignacio Baleztena toca el tema de refilón en un artículo titulado: “Términos de Pamplona: Trinitarios o Costalapea”. Dice que “los frailes Trinitarios vivieron en su convento de la Rochapea hasta 1794, en que, con ocasión de la guerra contra la Convención francesa, por razones de estrategia se destruyeron todos los edificios que se levantaban en los alrededores de Pamplona. Los frailes abandonaron el convento el domingo 23 de noviembre de 1794 y fueron a vivir al interior de la ciudad, en la calle de los Descalzos, hasta que en 1798 pasaron a ocupar el convento de los canónigos regulares de San Antonio Abad, situado en la Taconera frente al «árbol grande»; hoy (1943) casa de los Sres. Condes de Espoz y Mina”.

Marcelo Núñez de Cepeda publicó en el *Diario de Navarra*, el 16 de enero de 1949, un comentario sobre la antigua fiesta de San Antón en Pamplona. Decía que “uno de los días clásicos de la capital navarra fue el de la fiesta de San Antón, en la que los antepasados pamploneses se divertieron con bullicioso jolgorio, sano regocijo y gracioso donaire”. Contaba lo siguiente:

“Casi oculta entre la maleza de árboles y espinos que poblaba el terreno que hoy ocupa la Ciudadela, existió, desde tiempos muy remotos, una Ermita dedicada a honrar la memoria de San Antón. Pasados algunos siglos, se cobijó a la sombra de la Ermita una Comunidad de Religiosos llamados Antonianos. Como era lógico, aquellos Religiosos acrecentaron la devoción a su glorioso Patrono hasta conseguir que Pamplona incluyera en la tabla de sus fiestas más renombradas el día de San Antón.

Para sufragar los gastos del culto de San Antón, idearon aquellos buenos Religiosos hacer, en el día de su fiesta, la rifa de un cerdo, que se practicaba en medio de una algarabía en la plazoleta que había delante de la iglesia. Los Antonianos, al funcionar el Hospital de Nuestra Señora de la Misericordia que fundara el benemérito canónigo don Remiro de Goñi, tuvieron el rasgo generoso de ceder, en favor de dicho establecimiento benéfico, el producto de la rifa, que se trasladó a la plaza del Castillo”.

Florencio Idoate, en su estudio sobre “Las fortificaciones de Pamplona” (revista *Príncipe de Viana* números LIV y LV, 1954), al tratar de la construcción de la Ciudadela, desempolvó papeles de archivo, de Rena y sueltos, en los que se mencionaba la casa e iglesia de San Antón: “Se comenzó por los baluartes de San Antón y la Victoria. Fue nombrado veedor de las obras Lope de Huarte. Hubo que hacer algunos derribos en 1571, como el de las casas de San Antón, fijándose la indemnización en 2.225 ducados”.

Asimismo, en una “parte de la declaración prestada por el ingeniero Fratrín, en relación con la apertura de Calle Nueva o Almazán, el 27 de marzo de 1585”, se decía: “A la docena pregunta dixo que sabe que sobre este testigo que, cuando él trazó dicha Ciudadela, fue menester ocupar y tomar, como se ocuparon y tomaron, muchas heredades, guertas con sus norias y

algunas casillas, y también las iglesias de San Lázaro y San Antón con sus casas y heredades”.

Además de estas huellas históricas, queda otra, literaria, un libro. Un libro raro, curioso, poco conocido. Se editó “en Pamplona por Francisco Picart, impresor y librero, vive junto la fuente de Santa Cecilia. Año 1716”. El título es largo y suena a antiguo: *Nacimiento, vida y milagros de el terror de el infierno y pasmo de penitencia, el gran Padre y Patriarca San Antonio Abad*.

Figuran en la portada los nombres de dos religiosos antonianos que ocuparon cargos importantes de la orden en Navarra: el autor y el destinatario del libro: “Compuesto por el Dr. D. Manuel de Liñán, Comendador de San Antonio Abad de la Ciudad de Pamplona” y “Dedicado al RR. Doct. D. Félix Soler, General de la Religión de San Antonio Abad en los Reynos de Navarra y de la Corona de Aragón”, con residencia en Olite.

Los capítulos del libro tratan de la vida del santo en Egipto, traslado de sus reliquias a un lugar de Francia, fundación de la orden de San Antón en Europa y anteriormente de una militar en Etiopía, atributos que acompañan la imagen del santo, milagros que se le atribuyen, novena que se le rezaba... Vamos a extraer algunos capítulos:

“Capítulo 36. Cómo se pinta a la imagen de San Antonio Abad y su significación.

Véase pintado mi P. San Antonio con una Cruz en el pecho, en forma de TAU, y le pertenece, según dice don Juan Baltasar Caballero Abisinio, porque la tenía el glorioso santo en su pecho y hábito, y porque la dio a sus discípulos por señal y divisa, como el Profeta Ezequiel dice que mandó Dios se la pusiesen a los Israelitas para que fuesen conocidos por suyos, y les sirviera de escudo contra la muerte. Y significa también las victorias y triunfos que por virtud de la Santa Cruz consiguió de todo el infierno.

Píntase también el Santo con un báculo en la mano, que es insignia de los Monjes Egipcios, índice de la Dignidad Abacial y pobreza apostólica, consuelo, defensa y bordón de peregrinos.

Tiene también el Santo un libro en las manos y simboliza que, aunque no cursó en las Escuelas, tuvo por divina virtud todas las ciencias.

Lleva el Santo también en las manos una campanilla, como señal de que la Sede Apostólica concedió a la Religión de San Antonio licencia de pedir la limosna.

Pónese también a los pies del Santo una señal de fuego y esto es para declarar el poder que Dios le dio sobre el fuego y que por su intercesión los miembros quemados del Fuego Santo quedan sanos.

Pónesele a sus pies también un animalillo de cerda. En muchos lugares crían por las calles muchos cerdos y los señalan con la campanilla y en siendo grandes los llevan a las casas del Santo”.

Varios capítulos se dedican a contar milagros hechos por San Antonio Abad. Hay tres ocurridos en localidades navarras: Sangüesa, Caparros y Tudela. Son estos:

“En la Ciudad de Sangüesa, pocos años ha, he oído decir que en 16 de enero mandó una señora a su criada previniese la ropa, para hacer al otro día la colada, y la criada, más devota del Santo que la dueña, dijo: Señora, mañana es día del Glorioso San Antonio Abad, y yo me acuerdo que en casa de

mis padres le guardábamos fiesta. Respondió la señora: La colada se ha de hacer, porque San Antonio Abad no es fiesta de guardar. Ejecutóse el mandato de la dicha señora para el día del Santo, y a la primera jarra de lejía que le echó, empezó a arder la canasta o coladera con la ropa; y la señora, conociendo que era castigo del Santo por su poca devoción, empezó a implorar su auxilio, y luego cesó el fuego, pero los primeros paños quedaron hechos ceniza, y de allí en adelante le fue muy devota y cuando murió le dejó fundado un aniversario en el día del Glorioso Abad N.P. San Antonio.

En la villa de Caparrosó, año 1691, Marcos de Yanguas, vecino de dicha villa y hermano de la Casa mayor de N.P. San Antonio de la Ciudad de Olite, fue en 16 de enero, víspera del Glorioso Santo, con un carro de bueyes a la Bardena a traerlo cargado de maderas de pino para dicha Casa mayor de Olite; y habiendo venido con su carro cargado hasta un despeñadero, que llaman el barranco de Yanguas, sin poderlo remediar retrocedieron los bueyes y cayeron dando vulcos carro y bueyes por el barranco abajo. Desde la villa miraba a esta desgracia mucha gente y, no pudiéndolo remediar de otra manera, empezaron a dar voces: ¡San Antón, San Antón te asista!

Al punto corrieron todos a lo profundo del barranco, juzgando que carro y bueyes se habían hecho pedazos, y hallaron los bueyes derechos, el carro levantado con su madera, como si naturalmente hubiera ido hasta allí, sin la más mínima lesión; y viendo todos el milagro tan patente, dieron infinitas gracias a Dios y al Glorioso P. San Antonio.

En la nobilísima Ciudad de Tudela, en un barrio que le llaman comúnmente la calle Serralta, pocos años ha, se prendió fuego en una casa, y tomó tanto cuerpo que empezaron a arder las casas de alado, y habiendo acudido muchísima gente y viendo que no lo podían apagar, acordaron de valerse del patrocinio de mi P. San Antonio; concurrió al tiempo el Religioso que llevaba el Santo para recoger la limosna por la Ciudad, y habiendo echado en el fuego una Estampa del Santo que llevaba, cesó de repente dicho fuego, con admiración grande de todos los circundantes”.

SAN ANTÓN DE TUDELA

Tudela tuvo antonianos y, como sucede en Pamplona, su recuerdo perdura en el nombre de una calle, situada en la zona de la catedral y la plaza Vieja. Lo que se conoce de ellos se debe a las investigaciones de Julio Segura Moneo. Un escrito suyo, documentado y extenso, sobre el “Convento de San Antón en Tudela”, se publicó en la revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela en 1997.

La primera noticia referente a San Antón se remonta a 1383. El primer personaje histórico, relacionado con el convento, es Mosén Pierres de Peralta, que en 1499 dona “un solar y patio al otro lado del puente mayor del río Ebro para que pueda fabricar casa e iglesia”.

Se da una lista de comendadores de la casa-hospicio, la más larga de los conventos antonianos en España. Va de 1516 a 1791, fecha de extinción de la orden. Estos son los nombres que jalonan una historia que discurre por el soterraño, en expresión tudelana: Miguel de Corella figura en primer lugar y después, Salvador de Artieda, Pedro Palacios, Simón Gascón, Francisco Martínez, Juan Hornaque, Francisco Márquez, Clemente Romeo, Antonio

Antique, Antonio Berdejo, Juan de Salaverri, Bernardo Fernández, Ignacio Armisen y Marín, Cristóbal Lliso, Juan Fermín de Anthomas, Lorenzo Belenguer, Manuel Fernández.

La orden fue extinguida por un breve pontificio de Pío VI que se publicó en 1791. Años más tarde, en 1807, los bienes de la casa de Tudela fueron distribuidos de la siguiente forma: los libros, a la biblioteca episcopal; el edificio y las rentas de su pertenencia, al hospital de Nuestra Señora de Gracia; la iglesia, al marqués de Montesa como titular de un patronato, en el que participaban también el ayuntamiento y el promotor fiscal eclesiástico.

Una imagen de San Antón, portadora de los signos distintivos del santo: tau en el hábito, báculo en una mano, libro en la otra y cerdo a los pies, se halla en el depósito de museo, en el sótano del Palacio de Huarte. Es decir, en el soterrano.

SAN ANTÓN DE OLITE

Olite tuvo una casa-hospital de San Antón que fue cabeza de una encomienda de la orden. Sobre los antonianos en Olite han escrito el P. Lucas Ariceta y Juan Ramón Corpas, cada uno desde su perspectiva profesional: religiosa o médica.

El padre Ariceta, que vivió años y murió en el convento olitense de Franciscanos, dio una conferencia en 1993 sobre “San Antonio Abad y los Antonianos en Olite”, en la que recopilaba datos históricos sobre el tema y exponía sus investigaciones particulares. Fue muy interesante. Procurando evitar que las palabras se las llevara el viento y los papeles se perdieran en el convento, logré que el texto de la charla se publicara en la revista *Estafeta Jacobea*, año 1996, de la Asociación de Amigos del Camino de Santiago en Navarra. He aquí algunos párrafos:

“¿Qué podremos decir de la Casa-Hospital de Olite? Teobaldo II, en su Testamento de Cartago, noviembre de 1270, otorga diez sueldos al hospital de Olite, lo mismo que a los de Puente la Reina, Los Arcos, Viana, Sangüesa y Tudela. ¿Se podrá relacionar su fundación con los reyes de Navarra, en particular con los Teobaldos, de origen francés, como los religiosos antonianos?

El dato firme más antiguo nos viene del joven historiador de Olite, Lorenzo García Etxegoyen. Haciendo inventario del archivo parroquial de San Pedro, halla un documento de 11 de octubre de 1274, en el que se lee que Sancho Périz y todos los clérigos racioneros de San Pedro de Olite arriendan a don Martín Périz de Berzosa una viña y una pieza por ocho sueldos al año. Entre los firmantes aparece «don Miguel Périz, Comendador de San Antón de Olite». Por tanto, el año 1274 hay comunidad y comendador de San Antonio en Olite.

Es de suponer que no habría llegado el día anterior. Podemos sospechar que llevaba varios lustros, acaso decenios, en Olite.

La Encomienda General de Olite se componía de 14 casas-hospitales: Olite, Pamplona y Tudela (Navarra); Zaragoza, Calatayud y Huesca (Aragón); Valencia y Orihuela (reino valenciano); Barcelona, Cervera, Lérida, Tárrega y Vals (Cataluña); más otra en Palma de Mallorca”.

Lo que fue hospital de antonianos en Olite es actualmente convento de Clarisas. Se conserva la traza del viejo edificio y el signo distintivo de los anti-

guos moradores, la Tau, en el escudo de la fachada, en la puerta del torno, en el retablo de la iglesia, en la imagen de San Antón. La Tau es el signo que mantienen vivo y activo las monjas de Santa Clara, como legado de su fundador San Francisco de Asís.

Juan Ramón Corpas Mauleón, en su libro sobre *La enfermedad y el arte de curar en el Camino de Santiago entre los siglos X y XVI*, dedica un capítulo al “fuego de San Antón” y a su curación en los hospitales antonianos, exponiendo las terapias que usaban: tópicas, amuléticas, herbarias, dietéticas y quirúrgicas:

“Los aquejados de el Fuego de San Antón piden a los clérigos antonianos que mitiguen el daño de sus extremidades gangrenadas, tocándolas con la punta de su báculo en forma de Tau. Estos monjes reparten también, entre los peregrinos, unos a modo de pequeños escapularios a los que llaman «Taus», así como el pan y el vino manipulado previamente con ciertos rituales, en los que participa el báculo abacial, en Tau naturalmente.

El tratamiento médico, a tenor de la documentación conservada, consiste en la administración de diversos preparados de farmacia, bien por vía tópica, bien por vía enteral, o –lo más frecuente– combinando ambas vías. Las prescripciones más antiguas son los apósitos de hojas de bledo hervidas, cataplasmas de parietaria, vendas confeccionadas con grasa de cerdo, todo ello aplicado sobre las heridas, y tisanas elaboradas con goma de acacias, hojas y flores de coriandro y raíces de mandrágora.

Los consejos dietéticos sugieren una alimentación de sólo caldos de vaca, cocimiento de cebada, coles, farinetas, malva con oxymel doméstico y ácidos purgantes repetidos, sirope de borrajas y violetas.

El cirujano, siempre por indicación del médico, sangra a los enfermos y realiza operaciones de cirugía menor, así como las eventuales ablaciones quirúrgicas de las extremidades, en especial las inferiores, con resultados notables”.

LOS ANTONIANOS Y LA MEDICINA

El tema de los antonianos en la historia de la medicina está de actualidad. Se plantea y se investiga. Wolfram Aichinger, profesor de la Universidad de Viena y conocedor de antiguos hospitales antonianos en España, ha colaborado en un Congreso Internacional de Estudios Medievales celebrado, en mayo de 2003, en la ciudad norteamericana de Kalamazoo (Michigan) con este asunto monográfico: “La Orden Antoniana. Una reevaluación”.

La petición de comunicaciones para presentarlas en el Congreso decía: “La historia de los Hospitaleros de San Antón está relacionada con aspectos importantes de la historia medieval: intoxicación del cornezuelo del centeno, fundación de hospitales, uso de nuevas técnicas curativas, prácticas religiosas como peregrinación y culto a las reliquias con fines médicos, cuestación de limosnas para sostenimiento de hospitales. Los Antonianos propagaron la devoción a San Antonio Abad, el santo más invocado por los enfermos del fuego sacro. Se han realizado investigaciones sobre estos puntos, pero una gran parte de las mismas se halla en publicaciones locales y no se tiene una visión de conjunto. Por ello, aspectos básicos como las enfermedades curadas en hospitales antonianos, los méritos reales de la Orden en la beneficencia

general, su poder e influencia social, las relaciones con otras órdenes, el impacto cultural en la Edad Media, la supervivencia de símbolos y prácticas en nuestros días, piden una mayor investigación. Esto es particularmente cierto en España, Italia, Portugal y Latinoamérica. El propósito del Congreso es examinar estas cuestiones, establecer nuevas líneas de estudio y reevaluar el papel de la Orden en la historia de Europa”.

Los tratados de medicina medieval hablan de una enfermedad que en su denominación y tratamiento tuvo relación directa con los antonianos y los hospitales por ellos establecidos. Se llama en latín “ignis sacer”, en castellano fuego sacro o fuego de San Antón, en terminología médica ergotismo. Es una intoxicación que se debe al consumo de harinas contaminadas por el cornezuelo del centeno y que produce gangrena en las extremidades.

Un medicamento herbario a base de parietaria, preparado en las boticas de los hospitales antonianos, figura en la farmacopea clásica para curar esa enfermedad. Se lee en *El Dioscórides renovado* de Pío Font Quer: “La parietaria o helsine nace por las paredes y por los setos. Produce las hojas vellosas y semejantes a las de la mercurial, y unos tallos rojetos, alrededor de los cuales se hace una como simiente muy menudica y áspera, que se pega a las ropas. Sus hojas son frías y estúpticas, por donde, aplicadas en forma de emplastro, sanan el fuego de San Antón, las quemaduras recientes, las hinchazones y toda suerte de inflamación. Su zumo, mezclado con albayalde, es remedio del fuego de San Antón, y de las llagas que van cundiendo, si se untan con él”.

Otro preparado de los hospitales antonianos para curar pies llagados de peregrinos, que todavía tiene aplicación según he podido comprobar en Estella, era un unguento hecho con parietaria, artemisa e hipérico. Las tres plantas poseen excelentes virtudes medicinales, acreditadas por el *Dioscórides*. El hipérico daba el toque mágico. Se llamaba hierba de San Juan. Y para obtener su máxima virtualidad había que recogerla en la noche sanjuanera de los buenos espíritus saludables.

SAN ANTÓN DE CASTROJERIZ

En España hubo dos encomiendas de la orden de San Antón: una en Olite y otra en Castrojeriz. Sobre la primera hemos tratado anteriormente. Sobre la segunda, tras unas palabras de presentación, vamos a fijarnos en un personaje que nos interesa porque es navarro y porque fue comendador mayor de la encomienda.

El hospital de Castrojeriz fue fundado en 1146 por el rey de Castilla Alfonso VII, en el Camino de Santiago, a 40 kilómetros de Burgos. Por él pasaron innumerables peregrinos. De él se lee lo siguiente en el libro *Nacimiento, vida y milagros de San Antonio Abad*: “La otra Preceptoria General está en la esclarecida villa de Castrojeriz, Arzobispado de Burgos, cuya Casa Mayor y Provincia gobierna el día de hoy (1716) el Rmo. Sr. Dr. Don Damián García de Olloqui, Preceptor General de toda Castilla, Andalucía, Portugal, Granada y de las Indias Orientales, Salamanca, Medina del Campo, Toro, Valladolid, Benavente, Segovia, Madrid, Toledo, Ciudad Real, Talavera, Cadalso, Atienza, Cuenca, Alfaro, Murcia, Albacete, Baeza, Córdoba y Sevilla”.

Damián García de Olloqui, éste es el personaje. Luciano Huidobro Serna, cronista de la provincia de Burgos, publicó en 1942 en la revista *Príncipe de Viana* un artículo titulado “Un navarro ilustre. El Comendador mayor don Damián García Olloqui”, en el que decía:

“Casi toda la primera mitad del siglo XVIII rigió el convento (de Castrojeriz) don Damián García Olloqui, «sujeto distinguido y capaz, natural de Navarra hacia Peralta, quien como cabeza de la provincia y congregación de Castilla residía en San Antón, y poseía las encomiendas dependientes de la Casa en número de veintitrés, según la Novísima Recopilación de Leyes, Libro I, Nota III al título XXVI y las de Portugal e Indias Occidentales».

Su nombramiento por la Santa Sede indica que en su Orden era personaje distinguido por su virtud y ciencia.

Esta fundación, cuando entró a regirla este Comendador se hallaba muy decaída y había perdido algunas de sus haciendas. Gracias a su larga y activa gestión cobró nueva vida. En su tiempo se construyó el retablo mayor de la iglesia, de pino dorado y pintado en estilo rococó sobrio y elegante. Se ignora el autor, pero puede establecerse que es la obra más artística de su época en esta provincia. Hoy hace oficio de retablo mayor en la iglesia de San Juan de aquella villa. De su fecunda actividad al frente de la Orden da testimonio en 1711 el secretario de visita eclesiástica”.

El apellido García de Olloqui procede del nombre del pueblo de Olloqui, cercano a Pamplona, y lo llevaron los señores del palacio existente en el lugar. Florencio Idoate les dedicó un capítulo de su obra *Rincones de la Historia de Navarra*, titulado “Los palacianos de Olloqui”.

Wolfram Aichinger, mencionado anteriormente, encuentra a nuestro personaje en el archivo de Baeza. En carta de 25 de enero de 2003 me decía: “Según los libros de visitas del Archivo Municipal de Baeza, Damián García de Olloqui estuvo de Comendador mayor en el 1695 y gobernaba en estrecha colaboración con su hermano o sobrino Francisco García de Olloqui, quien visita la casa de Baeza en 1721 y figura como Comendador Mayor en 1742 y 1762. Según mi impresión, el estado floreciente de la Orden se mantenía durante todo este período, tanto en Castrojeriz como en Baeza”.

El archivo municipal de Baeza, por una curiosa casualidad, se halla en el edificio que fue hospital de San Antón y conserva en la fachada el escudo de la orden con la Tau.

El marqués de Lozoya, Juan de Contreras y López de Ayala, revisando en Segovia documentos referentes al hospital de San Antón que hubo extramuros de esa ciudad, halló uno que acreditaba que Felipe V, el 19 de abril de 1703, había concedido prórroga de un antiguo privilegio real, por el que se permitía a los antonianos pedir limosnas por los pueblos según su peculiar procedimiento, con cerdos, campanillas, bandejas y cestillos. Y certificó que la solicitud de prórroga había sido firmada por el comendador mayor, doctor Damián García de Olloqui.

Rafael Ollaquindía, navegando por Internet, ha encontrado al comendador García de Olloqui en Sevilla, discutiendo con una de las hermandades de su Semana Santa. Relata en *ABC* Antonio Martín Macías que desde 1587 la hermandad del Dulcísimo Jesús Nazareno tenía una capilla en la iglesia del hospital que los antonianos tuvieron en la capital hispalense. En la capilla se

colocaba el monumento eucarístico para los oficios del Jueves Santo, y de la capilla salía el paso de Jesús Nazareno en la madrugada del Viernes Santo.

En el desfile procesional por las calles sevillanas, el hermano mayor tenía el privilegio de llevar sobre su túnica y antifaz la llave del monumento. Era una llave de plata que pendía de un cordón de hilos argénteos. Así vino haciéndose durante años, hasta que en 1700 se presentó en Sevilla un apoderado de fray Damián García de Olloqui, reclamando para los antonianos la guarda y custodia de la llave del sagrario.

Hubo discusión entre monjes y cofrades. Al final se llegó a un acuerdo, por el cual la hermandad se obligaba a pagar la cera que se consumía en el monumento y el hospital se avenía a prorrogar el privilegio de la llave en la procesión de penitencia.

El relato del periodista de *ABC* terminaba con una referencia a la actualidad. Ya no existe la orden de San Antonio Abad, ni se celebran oficios en la iglesia del hospital, ni se coloca el monumento en la capilla y por tanto no se necesita llave para abrirlo o cerrarlo. No obstante, la tradición sigue. El hermano mayor de la archicofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno sigue llevando al pecho, sobre el antifaz, la llave del pleito con los antonianos.

El comendador mayor de una encomienda antoniana se encargaba de asuntos de gran importancia y responsabilidad: administración de heredades, construcción o reparación de inmuebles, gobierno de los religiosos de la orden, aumento de ingresos, gestiones en la corte... Damián García de Olloqui desempeñó el cargo con autoridad y eficacia, logrando excelentes resultados en su gestión. Tenía cualidades personales. Pertenecía a una clase social experimentada en administrar patrimonios familiares, con resolución para actuar y dotes de mando. Fue un personaje relevante. Un ilustre navarro.

RITUAL DE LOS ANTONIANOS

Algún libro se parece al arpa de Bécquer. Está en el ángulo oscuro de una biblioteca, silencioso y cubierto de polvo. ¡Cuántas palabras duermen en sus páginas, esperando la mano del curioso lector que sepa rescatarlo del olvido! Vamos a presentar uno, encontrado con la ayuda inestimable de Julio Gorricho.

Es un ejemplar de pequeño formato, 16 por 10 cm, encuadernado en piel de tapa dura, muy gastado por el uso y a falta de alguna página. Tiene en el lomo un rótulo postizo: “Formulario del Orden de S. Antonio Abad” y contiene dos libros, escritos en latín, impresos en distintos años y titulados: *Proprium Sanctorum Canoniorum Regularium Sancti Augustini Ordinis Sancti Antonii Abbatis Officium* y *Formularium ac Rituale Canoniorum Regularium Sancti Augustini Ordinis Sancti Antonii Abbatis*. En castellano: “Oficio propio de los Santos de los Canónigos Regulares de San Agustín de la Orden de San Antonio Abad” y “Formulario y ritual de los Canónigos Regulares de San Agustín de la Orden de San Antonio Abad”. En expresión abreviada: “Oficio propio de los santos de los Antonianos” y “Ritual de la Orden de San Antón”.

Estos libros, además de dar a conocer los rezos litúrgicos y los rituales de los antonianos, tienen el interés añadido de estar dedicados a dos comenda-

dores mayores de la orden que fueron navarros, hermanos o parientes con el mismo apellido: Damián y Francisco García de Olloqui.

Al primero le hemos conocido en el capítulo anterior. El autor del libro *Oficio propio de los santos de los Antonianos*, fray Francisco Corredera, corregidor de Toledo, se lo dedica con expresiones ampulosas a Damián García de Olloqui. Y éste concede la licencia de su publicación, indicando el lugar y la fecha del trámite: “Dado en esta nuestra casa y real Xenodoquio de San Antonio Abad, extramuros de la villa de Castrojeriz, el día 13 de julio de 1709”. Xenodoquio es el hospital que recibe a extranjeros, extraños.

El otro libro, el *Ritual de la Orden de San Antón*, editado en 1745, en Madrid, en la Imprenta de Antonio Sanz, fue dedicado a Francisco García de Olloqui, comendador general de la orden. El autor, Francisco Pastor y Romero, administrador de la casa-hospital de Madrid, utiliza en la dedicatoria a su superior el tono más hinchado, en latín suena mejor, para alabar las obras realizadas en el templo y monasterio de Castrojeriz.

El *Ritual* determina las fórmulas que se han de usar para bendecir la Tau, el pan, el vino, las campanillas y los animales enfermos. Los ritos se realizan por sacerdotes revestidos, con aspersiones de agua bendita y oraciones eclesiales. Veamos algunas: “Capítulo 4. Bendición de la Tau, que es el signo de la cruz de nuestro Padre Antonio contra la peste. Oración: Bendice, Señor, estas cruces o estos signos Tau para que, los que los lleven en honor de tu nombre y del bienaventurado Antonio, confesor tuyo, sean libres de la peste y adversidad. Por nuestro Señor Jesucristo, etcétera”.

La peste era un nombre genérico que se daba a la enfermedad del fuego sacro.

Otra oración sobre la Tau recuerda su origen bíblico: “Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que mandaste a tu pueblo cautivo en Egipto poner el signo Tau en las puertas o entradas de sus casas para librarse de la ira enemiga, concede a tus siervos, por la intercesión de San Antonio Abad, que los Preceptores, Hermanos y todos los que devotamente llevan el signo Tau sean libres de toda peste y de la muerte eterna. Que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén”.

“Capítulo 5. Bendición del Pan, vulgarmente llamado de San Antonio. Oración: Te pedimos, Señor, que bendigas este Pan y que todos los que coman de él, por la intercesión de San Antonio Abad, consigan la vida eterna y se vean libres de todo veneno que haya en él. Por Cristo Señor Nuestro, etcétera”. El veneno, aludido en la oración, era el cornezuelo.

El pan bendito se daba, según costumbre de la orden, practicada principalmente en la casa-hospital de Castrojeriz, a los peregrinos que en gran número llegaban para visitar devotamente dicho lugar y seguir la peregrinación hacia el sepulcro del apóstol Santiago en la ciudad compostelana. Se daba también a los animales cuando enfermaban y era invocado San Antonio por sus fieles.

El pan, antes de ser cocido en el horno, era marcado con el signo Tau. Era bendecido el día de San Antón (17 de enero), en la fiesta de sus reliquias (el día después de la Ascensión) y siempre que fuera necesario o conveniente.

“Capítulo 6. Bendición del Vino, que vulgarmente se llama Santo. Oración: Bendice, Señor, este Vino para que sea remedio saludable del género humano y, por la invocación de tu santo nombre y los méritos del biena-

venturado Antonio, los que lo tomen como medicina o bebida obtengan la salud del cuerpo y la salvación del alma. Por Nuestro Señor, etcétera”.

El vino santo, elaborado por los Antonianos y depositado en las bodegas de sus hospitales, se usaba como remedio del fuego sacro y de otras enfermedades. Era derramado o hisopeado sobre las heridas y llagas de los enfermos, entre gritos de dolor y murmullos de oraciones.

“Capítulo 7. Bendición de las Campanillas. Oración: Te rogamos, Señor, bendigas estas campanillas, para que tenga sentido espiritual lo que hacen tus siervos y siervas y los animales a su servicio en los afanes temporales y para que, practicando obras de misericordia, sean libres de toda peste, enfermedad, rayo y tempestad, por la intercesión de San Antonio Abad y de todos los santos. Por Cristo Señor Nuestro. Amén”.

La campanilla formaba parte esencial de la simbología antoniana. Estaba relacionada con la devoción al santo, con las obras de misericordia y especialmente la limosna, con la salud de hombres y animales, con el pedrisco y el tempero; por todo esto era bendecida solemnemente.

Había una bendición especial para los animales enfermos. Primero se les asperjaba con agua bendita. Después el sacerdote recitaba esta oración: “Rogamos, Señor, tu misericordia para que estos animales, atacados de grave enfermedad, sean curados por tu bendición; que se extinga toda diabólica potestad y que seas para ellos defensa de vida y remedio de salud. Amén”.

Por estos ritos, practicados en los lugares donde la orden tenía iglesias, fue creciendo la devoción popular a San Antón, que llegó a ser uno de los principales santos sanadores. Era invocado como médico y como veterinario con tratamiento espiritual.

La vida de los hombres dependía en gran manera de los animales domésticos, que les servían de ayuda y de alimento. Por eso había que cuidarlos especialmente cuando padecían enfermedades, encomendándolos a San Antón.

El *Ritual* tiene cuatro capítulos más, que no comentamos aquí en detalle, aunque damos sus títulos: “De las cosas que se requieren para el ingreso en nuestra Religión. Rito de la toma de hábito de nuestra Orden. De las cosas que deben hacerse en la solemne profesión de los Novicios. Regla de San Agustín”. Contiene además, tras lo referente a los animales enfermos, una “bendición de la correa de San Agustín”.

HISTORIAS ANTONIANAS

Hay varias, todas de género piadoso, destinadas a mantener el espíritu de los religiosos y la devoción de los fieles. Son poco conocidas. Se hallan en los fondos antiguos de algunas bibliotecas con existencia de siglos. Vamos a reseñar dos; una referente a la orden militar de San Antón y otra, a la orden hospitalaria. Una se titula a la vieja usanza: “Fundación, vida y regla de la grande Orden militar y Monástica de los Caballeros y Monjes del Glorioso Padre San Antón Abad, en la Etiopía, Monarquía del Preste Juan de las Indias, compuesta por don Juan de Baltazar Abissino, Caballero Monástico y Militar de la misma Orden, del Reino y Ciudad de Fatigar, e impresa en Valencia, por Juan Vicente Franco, en 1609”. La otra, “Compendio de la Historia Antoniana, traducida del latín en lengua castellana por el Maestro Fr.

Fernando Suarez, Provincial de la Orden de Ntra. Sra. del Carmen en Andalucía, e impresa en Sevilla por Francisco Pérez, en 1603”.

Orden militar de San Antón. El libro de Juan de Baltazar se editó cuarenta años antes del que me sirvió para hacer el estudio que se publicó en el n° 75 de *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*. Es la fuente de las noticias y conviene constatarlo. El autor, caballero antoniano abisinio, tenía conocimiento directo del tema que trataba, en la memoria y el archivo de su propia orden.

La fundación de la orden militar tuvo su origen pocos años después de la muerte de San Antón Abad. Murió en el año 357. Este es el relato fundacional: “Quedaron en la Tebaida, región (egipcia) que confina con Etiopía, muchos discípulos suyos que siguieron el ejemplo, regla y modo de vivir que su maestro les había dejado.

En ese tiempo reinaba en Etiopía el Emperador llamado Juan el Santo; el cual, viendo la persecución que contra la Iglesia Católica levantaban los blasfemos Arrianos, inspirado por Dios, determinó hacer una Orden Militar de Caballeros, cuyo ejercicio fuese pelear continuamente contra los herejes Arrianos.

Comunicó este pensamiento con San Basilio, el cual alabó mucho su santo propósito y envióle constituciones que habían de guardar los Monjes y Caballeros Militares, bajo la regla y apellido de San Antón Abad, dándoles hábito negro, con la Cruz azul que llamamos Tau; la cual señal había dado el glorioso San Antón a sus discípulos, diciéndoles que habían de ir señalados como los primogénitos de Israel. Esta fue la fundación de esta Religión Militar, que sería por los años de 370”.

El libro es una antología de la Tau. Comienza en la dedicatoria a Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos entre otros títulos, con estas palabras: “El Tau, de mi glorioso Padre San Antón, que V.E. lleva en sus Reales Armas, parece que señala y hace fuerza a que consagre a V.E. este tratado de la vida de los Caballeros de la Orden de dicho Santo”.

El escudo de Fernández de Castro, con el signo Tau sobre la corona, campea en la portada. Y en una página se lee: “En España, la nobilísima familia de Castro tiene por su empresa el Tau sobre sus armas, como lo hacen los muy nobles y antiguos Condes de Lemos, cabeza de esta Casa de Castro”.

Juan de Baltazar expone cómo, dónde y por qué tomó San Antón Abad la Tau como bandera de su religión, cristianizando un signo de la cultura egipcia. Es una observación curiosa, profunda y clarificadora de cuestiones tocantes a religiones comparadas:

“Los sacerdotes de Egipto solían pintar la cruz a manera de Tau, para significar la vida que había de venir y esperaban. Y así en el Templo de Serapis, en aquel reino, tenían pintadas por todas sus paredes muchas cruces de hechura de Tau, y aun el mismo ídolo tenía alguna. Y como San Antón Abad fuese natural de Egipto y supiese el fin que los sacerdotes gentiles tenían en llevar aquella letra, procuró él llevarla en el vestido, en las manos, y ponerla en su cueva, dando a entender a los gentiles y predicándoles siempre que tenía ocasión cómo la vida que esperaban y deseaban ya era llegada, y que era Jesucristo puesto en una Cruz. Llevábala también, según se pudo colegir, aludiendo a lo que mandó el Señor poner en las frentes de muchos vecinos de

Jerusalén, para que, estando marcados con ella, fuesen reservados de la muerte, según se escribe en el profeta Ezequiel cap. 9”.

El signo egipcio aludido es el “ankh” o cruz ansada. El *Diccionario de los símbolos* de Jean Chevalier lo define así: “En Egipto la cruz ansada (Ankh) es el símbolo de millones de años de vida futura; un signo formado por una argolla redonda, de la que pende una especie de Tau. Es uno de los atributos de Isis, como emblema de la vida divina y de la eternidad”.

El caballero abisinio Baltazar dedica unas páginas a relatar “cómo en todo el mundo hay Religiosos de la Orden de San Antón”. Había en 1609, en Etiopía y África, sujetos a la obediencia del abad residente en la isla de Meroe; en Asia y Europa, bajo la autoridad del abad de Monte Sión; en Palestina, Mesopotamia, Persia, Armenia, en tierra del Turco, Malabares y China, “moscovitas, óngaros, boemios, polacos”.

Baltazar escribe en Valencia, donde encuentra el signo de su orden: “También la nobilísima ciudad de Valencia tiene el Tau de San Antón”. Se refería a la casa-hospital antoniana, instalada desde 1333 a las afueras de la ciudad.

Orden hospitalaria de San Antón. El libro titulado *Compendio de la Historia Antoniana* relata, con estilo poco compendioso para el criterio moderno, los hechos que marcaron la fundación y el desarrollo de la orden. El capítulo 34 trata “Del origen que tuvo la Orden de San Antón y de la señal del Tau que acostumbran traer sobre las vestiduras los profesos de la Orden”. El principio fue el culto a las reliquias y una aparición milagrosa:

“Después de puestas las santísimas reliquias del cuerpo del glorioso Antonio en el lugar de la Mota (en el delfinado francés), para mover los corazones de los mortales y despertar sus ánimos, nuestro Señor mostró en aquel lugar obras de su potencia, no acostumbradas ni vistas allí”.

Los milagros más sonados fueron las curaciones de dos caballeros o señores de la comarca, padre e hijo, llamados Gastón y Girondo, los cuales hicieron voto de ofrecer sus personas y haciendas al servicio de San Antón, en obras de piedad y ayuda a enfermos. Una noche, estando acostado Gastón, parecióle ver al santo sanador que aceptaba el ofrecimiento y que le pedía “socorrer piadosamente en este lugar a los miserables que ha quemado el fuego santo y les ha dejado de sus miembros cojos y mancos”.

“Y entonces, el gran Padre Antonio dióle a Gastón el Báculo que traía, que parecía estar hecho a modo de muleta o de la letra T. Y dentro de pocos días después, se les ayuntaron otros ocho compañeros, para seguir el propósito de Gastón y de su hijo, y así hicieron entre ellos una hermandad y concordia de que se ejercitarían en las obras que les había encomendado el glorioso San Antón”.

Así se cuenta la historia antoniana en el compendio traducido del latín por el maestro Fernando Suárez, en 1603.

SAN ANTÓN EN GUILLÉN DE CASTRO

Guillén de Castro escribió una *Comedia famosa del Tao de San Antón*. Es poco conocida. Tiene destellos originales. Posee las características del género y del autor. Es comedia de amores y enredos. Una mujer, Anatilde, mueve a su antojo los hilos de la trama. La acción llega hasta un convento de monjes;

de monjes y no de monjas, como suele acontecer en el planteamiento clásico. Pero allí está, para luchar contra los demonios de todo género, San Antón con el signo Tao.

El conocimiento de esta obra me viene de Viena. Wolfram Aichinger es profesor universitario de literatura española e investigador del tema de los antonianos. Los caminos de sus estudios han tenido una feliz coincidencia en “el Tao de San Antón”.

Los personajes de la comedia son seres de este mundo y del otro, que se mueven en el escenario con toda naturalidad. Según la presentación del reparto, “hablan en ella las personas siguientes:

Aurelio, galán.
Tiburcio y Adalberto, sus criados.
Músicos.
Anatilde y su padre.
Anacleto, monje.
Panuflo, donado.
Luzbel o Lucifer.
Benito, monje.
Demonios.
San Antonio, monje.
El Niño Jesús.
Nuestra Señora.
Pablo, monje.
La Carne”.

El lugar y el tiempo en los que se desarrolla la acción son: Egipto, patria de San Antonio Abad; la Tebaida, donde llevó vida eremítica y monástica; el año de su muerte; se le ve vivo, muerto y resucitado.

El argumento, parecido al de las comedias de enredo, se diferencia de ellas en el desenlace, que se sitúa a la puerta del convento de San Antón.

Anatilde, rica y agraciada joven de la ciudad de Menfis, está prometida por su padre al hijo de un noble romano. Pero ella, la víspera del forzado desposorio, se escapa de casa, concertando la fuga con su amado Aurelio y los dos criados. En las peripecias de la huida se enreda amorosamente con uno de ellos. Aurelio, enloquecido, le da muerte, rompe con su amada y se hace monje de San Antón.

Entonces entran en acción los demonios y las tentaciones. Anatilde se acerca al convento y consigue que Aurelio se despoje del hábito. En ese momento interviene San Antón, ahuyentando demonios y haciendo milagros con el Tao.

En cuanto al vestuario, sólo se hacen indicaciones para los Monjes y el Niño Jesús. En una escena: “Salen San Antón, Anacleto y Benito con sus Taos puestos en el Escapulario”. Y en otra: “Sale Cristo de niño, de fraile, y debajo una tunicela blanca”. Al final de la escena: “Cáesele el hábito al Niño Jesús y queda con la tunicela y súbenle en el aire con la apariencia que quisieren”.

La comedia tiene efectos especiales, recursos escénicos que se dieron en el teatro clásico antes que en el cine moderno. Por ejemplo, en una escena en que se da entrada triunfal a Luzbel, el príncipe del tridente, se anota: “Sacan

los demonios a Lucifer en una silla de fuego”. En la escena siguiente, que es el contraataque de los monjes, se escribe: “Cantan dentro y baja un Tao de lo alto”. Al tiempo se recita lo siguiente:

“Música.	Et signa Thau super frontem in medio Hierusalen.
Lucifer.	Al Tao que tiene tu frente agradecerlo podrás.
San Antón.	Mira tú, si vale más que tu abrasado tridente”.

En la escena que marca el clímax, cuando los amantes se esconden bajo las hojas de un laurel, se anota: “Ábrese el árbol donde se arriman y aparece en él un Cristo crucificado”, que dice:

“Trueca, Aurelio, en contrición
ese amoroso sarao,
advierte que es sinrazón
que pierdas aqueste Tao
con el hábito de Antón”.

La escena del laurel tiene un tono subido, desvergonzado, en la expresión de los sentimientos y en la exposición de los hechos. También lo tiene la escena en que interviene la Carne, que es la tentación personalizada y que, con acompañamiento musical, acosa a San Antón por la noche de esta manera:

“Antonio, Antonio, que digo,
hazme un poco de lugar,
porque me quiero acostar
aquí un momento contigo”.

Al hablar de la libertad de lenguaje de Guillén de Castro, se suele recordar su profesión. Fue capitán de caballería de la costa valenciana, avezado a correrías contra piratas y a andanzas por tabernas del puerto. Como literato, fue miembro destacado de la “Academia de Nocturnos”.

Los Músicos desempeñan un papel importante en la comedia. Animan el ambiente festivo de la función teatral. Forman alegre comparsa de los demonios y la carne. Dan categoría escénica a letrillas y bailes populares. Uno de éstos es el de los matachines que se anuncia así: “Salen dos Demonios cantando lo siguiente y dos o más, los que pudieren, bailando de matachines”:

“Matachín, que no rece el viejo,
matachín, que no ha de rezar.
Levantadle en pie y con él
a la pelota jugad
hasta que haga alguna falta,
si quince queréis ganar.
Habla, viejo, una palabra,
que si hablas te dejarán
los ministros del infierno,
que todos no quieren más.
Matachín, que no rece el viejo,
matachín, que no ha de rezar”.

El cantar tiene varias estrofas. Hemos elegido esta porque se refiere al juego de pelota y juega con el sentido de la palabra falta. Siempre es grato encontrar una referencia al deporte favorito; pero mucho más ahora y aquí, en la pluma de un clásico, de la categoría de Guillén de Castro.

La comedia fue escrita durante el reinado de Felipe III y Margarita, a quienes nombra elogiosamente en unos versos, es decir, entre 1600 y 1611.

San Antón es el protagonista y el Tao, su distintivo. El Tao, en masculino. Así se decía entonces. Era un tema de cultura general, que servía lo mismo para un sermón que para una comedia. Para representarla en Valencia, los que hacían de monjes lo tenían fácil para conseguir o confeccionar hábitos. Había un hospital de antonianos en el Camino de Tránsitos. Un hospital que dependía de la encomienda de Olite.

RESUMEN

El estudio presenta informes sobre la Tau y los antonianos. Es una recopilación selectiva, no exhaustiva. Contiene una visión de taus del monasterio de Irache, actualmente en Dicastillo; noticias referentes a las casas antonianas de Olite, Pamplona, Tudela y Castrojeriz, donde hubo comendadores navarros; noticias recogidas de libros raros: *Nacimiento, vida y milagros de San Antonio Abad*, *Ritual de la Orden de San Antón*, *Fundación de la Orden Militar de San Antón*, *Compendio de Historia Antoniana*, *Comedia del Tao de San Antón* de Guillén de Castro.

ABSTRACT

This study presents reports about Tau and the Antonites. It is a selective, not exhaustive collection. It contains a view of Taus of Iraches Abbey, now at Dicastillo; news referent to Antonite Houses at Olite, Pamplona, Tudela and Castrojeriz, where there were navarrese Commendators; news collected from rare books: *Birth, life and miracles of Saint Anthony Abbot*, *Ritual of St. Anthony's Order*, *Foundation of St. Anthony's Military Order*, *Compendium of Antonite History*, *Comedy of St. Anthony's Tao* by Guillén de Castro.